

DOCTEUR LOUIS CORMAN: *L'Education dans la Confiance*. Libraire Stock. París, 1952; 287 págs.

Veinticinco ediciones en ocho años—de 1944 a 1952—dicen bien el interés despertado por esta obra. Comparando tal difusión con la modestísima que logran entre nosotros las cuestiones pedagógicas, no podemos menos de experimentar cierta tristeza. ¿Ha habido libro español dedicado a problemas educativos que haya alcanzado este número de ediciones? La negativa se impone. Pero se impone también una amarga conclusión: la falta de interés hacia la educación que padece nuestra sociedad, por efecto de una sensibilidad—preferible sería decir “insensibilidad”—que no se deja afectar por la vida y los problemas de los niños. Pero de esto, otro día.

Ahora debemos reseñar el contenido del libro del doctor Corman. Está integrado por siete pequeños ensayos explanados en otros tantos capítulos. El primero de ellos da título a la obra, y puede considerarse como el más importante y el que expresa con mayor relieve el “mensaje” del autor. Porque hemos de decir que el doctor Corman trae mensaje, esto es, tiene algo considerable que decirnos en materia de educación. Fundamentalmente esto: que una educación obstinada en erigir prohibiciones, en vez de estimular hacia el mejoramiento, conduce al niño, sin quererlo, a la cima de los sentimientos de culpabilidad, al escepticismo y al pesimismo respecto de sus posibilidades, a la envidia y al resentimiento.

El clima en que florece esta actitud negativa hacia los niños es la desconfianza. Los adultos—padres y maestros—tienen ante sí, expresa o tácitamente, la imagen de la “maldad” del pequeño o, al menos, de sus debilidades y flaquezas. Y es evidente que en él existen las fuerzas del mal, pero también las fuerzas del bien. ¿Por qué obstinarse en tener en cuenta sólo aquéllas? Esto irrita al doctor Corman, quien asegura: “Llamad a las fuerzas del bien o a las del mal: las que llaméis responderán a la llamada.”

La educación basada en la desconfianza sobre las posibilidades e inclinaciones del niño le pone constantemente ante los ojos, merced a las reiteradas prohibiciones, amenazas, fronteras y puniciones, el panorama de lo indebido, sugiriéndole las direcciones negativas que intenta evitar. “El buen educador es el que coloca siempre ante el niño imágenes de vida positivas.” “Lo que es necesario dar a los niños no es el sentimiento de su culpabilidad, sino el sentimiento de ser capaces de asumir responsabilidades, sentimiento positivo éste y más apto que el primero para hacerlos avanzar en el camino del bien.”

Por estas palabras podrá el lector conocer un poco la dirección del pensamiento de Corman, que, por otra parte, no es un visionario ni un optimista des-

conocedor de la realidad del alma humana. Procedente del psicoanálisis, más que a la problemática rutinaria de una educación concebida al modo usual, atiende a las deplorables consecuencias que produce sobre la personalidad en desarrollo una desconfianza que limita desfavorablemente el campo de despliegue de las fuerzas psíquicas.

Muchas otras ideas dignas de meditación encierra el libro que comentamos. Así, en el capítulo III, un fino análisis de la conducta infantil lleva a concluir que muchos de sus pretendidos “defectos”—sólo tales mirados desde el punto de vista del adulto—son únicamente reacciones adaptativas, que toman la forma de “extralimitaciones” o “contravenciones” a normas que no se avienen a las exigencias del niño. Muchas veces se castigan reacciones de defensa de la naturaleza infantil. Sobre el papel fecundante de la personalidad que tiene el afecto maternal, Corman hace atinadas observaciones. Otro tanto puede decirse sobre la función del sueño y el reposo en el niño, la función de la fatiga, y muy dignas de ser tomadas en consideración sus reflexiones sobre el “amor generoso”. En lo que dice respecto de la necesidad de información sexual, ya habría que discutir, aunque justo es reconocer que trata esa materia con una elevación irreprochable.

Pero lo que nos queda de este libro, como más jugoso y decisivo, es ese postulado de confianza, ese crédito de fe en el niño que exige de todo educador: Y nos conmueve porque no es efecto de un mero saber. Pocos libros tan alejados de las fichas como éste, en cuyas páginas brota frecuentemente una intuición poética que nos gana para sus tesis. Y al terminar su lectura, hacemos nuestro su consejo encendido: “¡Dejad subir la savia en el niño!” Porque una educación demasiado constrictiva sofoca energías y convierte en imagen desiderativa el conjunto de defectos, limitaciones e incapacidades que constantemente diseñan los adultos que le rodean como perfil de su conducta. Y el sentimiento mixto de ineptitud y culpabilidad que ello origina en el pequeño no tiene más salida que la autoanulación o la rebeldía.—ADOLFO MAÍLLO.

LLOYD H. HUGHES: *Las Misiones culturales mejicanas y su programa*. Monografías sobre educación fundamental. Unesco. París, 1951; 82 págs.

Las Misiones culturales nacieron en Méjico como una necesidad, después del período revolucionario, en el que tan activa parte tomó José Vasconcelos. Acabada la lucha en 1920, fué Roberto Medellín, oficial mayor de la Secretaría de Instrucción Pública, quien, en octubre de 1923, designó la primera Misión cultural, compuesta por seis maestros sobresalientes. Los miembros del grupo recibieron el nombre de “misioneros”, y la

labor que se les confió ha sido posteriormente descrita en los siguientes términos:

“La primera labor encomendada a los misioneros fué visitar los Centros rurales indígenas de la República, informar acerca de sus condiciones escolares, intensificar en ellos los trabajos contra el analfabetismo y concentrar a los maestros rurales en las zonas más densas de población indígena. También estaban encargados de recomendar la clase de cultura que se debía impartir a los núcleos autóctonos, observar sus condiciones económicas, seleccionar los maestros rurales, estudiar las industrias nativas y el modo de fomentarlas, a más de organizar una Exposición permanente de los productos de las mismas, cooperar con los agrónomos de la Secretaría de Agricultura en el estudio de tierras, labranzas, cultivos, clima, comunicaciones y salarios.”

Fué tal el éxito de la primera Misión cultural y tan favorables comentarios suscitaron sus realizaciones, que en 1924 se organizaron y enviaron a las zonas rurales otras seis Misiones más. En 1926, se estableció en la Secretaría de Educación una Oficina de Misiones Culturales, y para 1938 el balance de las Misiones era el siguiente: 18 Misiones culturales, 150 misioneros, 4.000 alumnos en las Escuelas Normales patrocinadas por las Misiones.

Tal es, en brevísimo resumen, la historia de las Misiones culturales mejicanas, según nos la relata el profesor Lloyd H. Hughes en el libro que reseñamos, editado por la Unesco. Es el mismo profesor quien nos dice que, en 1942, después de una breve etapa de decaimiento, se restablecen las Misiones como un programa extraescolar o de extensión cultural, y se constituye el Departamento de Misiones Culturales como una dependencia de la Dirección General de Alfabetización y Educación Extraescolar, que, a su vez, es una división autónoma en la Secretaría de Educación Pública.

Según la región o el medio en que operan, hay cuatro tipos de Misiones culturales: la rural, la especial urbana, la motorizada y la cinematográfica. Existen en la actualidad—según refiere Hughes—48 Misiones rurales; 18 de ellas funcionan en zonas exclusivamente indias, ocho en regiones bilingües y 22 en zonas donde predomina el elemento mestizo. Hay siete Misiones culturales especiales, cinco de las cuales están asignadas a los distritos de la capital federal, una al centro minero de San Luis de Potosí y otra a Compostela, centro fabril del Estado de Nayarit. Tanto las Misiones rurales como las especiales cuentan con un personal de dirección, que comprende de ocho a diez personas, incluyendo, por lo general, un jefe, un médico, una enfermera, un agrónomo o perito agrícola, un perito en economía doméstica, un profesor de música, otros de artes plásticas, otro de recreos y deportes, otro de carpintería y un albañil.

El profesor Hughes consigna finalmen-

te que cada Misión tiene señalada hoy día una zona de trabajo de unos 500 kilómetros cuadrados, y, como desde que las misiones empezaron de nuevo su labor en 1942 han operado en 146 zonas, el Departamento de Misiones Culturales estima que su programa se ha extendido a una región de 73.000 kilómetros cuadrados. El índice medio demográfico de esas zonas es de 3.700 habitantes, lo que hace que, en el pasado año, las Misiones rurales hayan ejercido su acción sobre unas 177.600 personas, y en el período de tiempo transcurrido desde 1942 se calcule que más de 500.000 personas se hayan beneficiado de la labor de estas Misiones. El Gobierno mejicano invirtió una cantidad total de 12.917.646 pesos para financiar los gastos anejos al desarrollo de esta interesante labor de extensión cultural.—J. o.

DR. MARCEL BERGERON: *Psicología de la primera infancia*. Luis Miracle, editor. Barcelona, 1953; 164 págs.

La Colección "Paideia", que publican las Presses Universitaires de France, está siendo traducida al español y publicada por Miracle, que con ello presta un señalado servicio a los estudios españoles. El conocimiento del niño es abordado en ella por eminentes especialistas, constituyendo una Enciclopedia Paidológica de indispensable lectura para padres, psicólogos y educadores.

El volumen que reseñamos estudia el desarrollo psíquico del niño desde el nacimiento a los tres años, manejando una amplia y moderna documentación. En la segunda parte del libro se analizan las doctrinas de conjunto sobre el significado de la evolución del niño, y en la tercera se deducen las aplicaciones médicas, neurológicas y psiquiátricas, psicobiológicas y sociales, así como las psicopedagógicas, de los fenómenos antes estudiados.

Se trata, pues, de una obra tanto más interesante cuanto que estudia esa primera edad en la que la conducta de quienes rodean al niño puede acentuar desviaciones latentes en su patrimonio hereditario, o bien neutralizarlas, en mucha parte, si son defectuosas y vigorizarlas, si son favorables, lo que encierra la mayor trascendencia para el porvenir del pequeño y, por consiguiente, para la sociedad de la que va a ser miembro activo.

El autor expone las teorías más diversas, situándose en una postura de sano eclecticismo. Así, aprovecha las aportaciones de Piaget y Wallon sobre la evolución de la inteligencia y el carácter, lo mismo que las de Spitz y Ana Freud en relación con el desarrollo de la afectividad, y las de Gessell, sobre la marcha del comportamiento, particularmente del comportamiento psicomotor.

Si algo puede reprochársele a Bergeron es la brevedad con que esboza las cuestiones, así como la timidez con que establece, sólo indicativamente, las consecuencias pedagógicas y sociales de su estudio. En nuestro sentir, tenía la obligación de haberse atrevido a esbozar una *Puericultura de la afectividad*, esto es, la serie de consejos educativos para la primera infancia, que viniese a completar las aportaciones de una Puericultura

harto limitada entre nosotros a dar instrucciones sobre el biberón y el destete, la limpieza y el sueño del bebé, sin preocuparse de instruir a las madres sobre aquellos cuidados que, ilustrando su instinto, pueden contribuir eficazmente a sentar las bases del desarrollo psíquico normal de su hijo.

Esperamos, no obstante, que cualquier día un pediatra español nos sorprenda dejando, temporalmente, las neumonías infantiles y los trastornos intestinales del lactante para redactar esa *Puericultura de la personalidad naciente*, que tanta falta nos está haciendo.—A. M.

DR. GEORGES HEUYER: *Introducción a la Psiquiatría infantil*. Luis Miracle, editor. Barcelona, 1954; 258 págs.

El estudio del niño constituye, sin duda alguna, uno de los grandes temas de nuestro tiempo. Todo parece probar que la Humanidad actual, convencida de la crisis que amenaza acabar con la civilización, concentra en la educación de las nuevas generaciones sus afanes y sus esperanzas. Si, desde un punto de vista científico-práctico, nuestra época merece el calificativo de *Era Técnica*, atendiendo a la preocupación educativa, que por todas partes se advierte, le conviene el nombre de *Era del Niño*, confirmando la profecía que, en sus albores, hizo, en relación con nuestro siglo, la pedagoga sueca Elena Key.

Matizando más, podríamos decir que, en obediencia a una nota del pensamiento moderno, más dado a los juicios descriptivos que a los estimativos o de valor, el acento de los estudios se coloca sobre el conocimiento de lo que el niño es, y de ahí el predominio de la Psicología sobre la Pedagogía propiamente tal. Ya apenas se habla de Paidología, aquella ciencia del niño que Oscar Chrisman esbozó en 1899, como premonición del tiempo que advenía; pero el análisis del alma infantil ha alcanzado desenvolvimientos insospechados, y a él se dedican muy diversos investigadores, desde sociólogos hasta psiquiatras.

Nada tiene de extraño que los expertos en enfermedades mentales vuelvan la vista a los niños, ya que en la infancia se incuban inadaptaciones que, descubiertas y corregidas a tiempo, pueden evitar muchas desviaciones individuales y no pocas perturbaciones sociales. Por otra parte, el conocimiento de anomalías incipientes, tanto de la inteligencia como del carácter y la conducta, encierra la mayor importancia para padres y educadores, que pueden coadyuvar al diagnóstico de aquéllas, lo mismo que a su tratamiento, en las esferas respectivas de la convivencia familiar y escolar, los dos tipos de "sociedad" en que el niño desenvuelve su vida de un modo predominante.

De ahí el interés pedagógico y social de esta obra, debida a la pluma del doctor Georges Heuyer, profesor de Psiquiatría en la Facultad de Medicina de París y figura máxima de la Paidopsiquiatría francesa.

En un volumen reducido, pero denso, el doctor Heuyer expone las nociones fundamentales de la Psiquiatría infantil; sus relaciones con la Pediatría, la Psico-

logía, la Psiquiatría y la Pedagogía; los criterios para conocer y distinguir las diversas afecciones de la inteligencia y la personalidad; los métodos de diagnóstico y de tratamiento y las perspectivas que se abren ante esta nueva ciencia. Hasta un capítulo interesantísimo sobre la Psicopatología y la Psicocirugía prueba cómo el autor nos da una obra completamente actual.

De ello dan fe, por otra parte, tanto el dominio de la materia como la solidez de unos principios fundamentales contrastados por las enseñanzas de treinta años de experiencia clínica.

Sus páginas no tienen desperdicio. Junto a la información solidísima, acompañada por datos estadísticos, siempre que es posible, se advierte una ponderación magistral para sopesar doctrinas y tendencias, en un campo tan confuso como el de la Psicología infantil. Así, por ejemplo, sin declararse psicoanalista, y menos partidario de Freud, sabe dar a la Psicología profunda lo que es suyo; sin desdeñar la fuerza de la herencia, confía en la acción saludable de la circunstancia social para devolver la salud a muchos desequilibrados. Porque el doctor Heuyer, como la casi totalidad de los psicólogos y psiquiatras infantiles de hoy, concede más valor al medio que al determinismo hereditario, lo que le permite ser optimista respecto de las posibilidades de adaptación social de la mayor parte de los débiles y retrasados mentales. "A menos de existir anomalías morfológicas graves y afecciones neurológicas irreducibles, que hagan del niño un enfermo impotente, un nivel mental de tres años y un cociente intelectual de 0,30 no suprimen toda posibilidad de adaptación social." Criterio estimulante, muy distinto del que la ignorancia psiquiátrica suele mantener, abandonando y condenando al parasitismo y al escarnio público a los "tontos".

Particularmente dignas de meditación son las estadísticas que aporta al estudiar la inadaptación escolar, origen de tantos extravíos, que podría evitar una mayor formación psicológica del personal docente. He aquí las cifras de las causas del "fracaso" en un grupo numeroso de estudiantes de Segunda Enseñanza:

Mal dotados intelectualmente.....	27 %
Por trastornos del carácter.....	45 %
Por ambiente familiar defectuoso.	4 %

Estos datos deben hacer meditar, sobre todo, a los profesores que se desentienden de la constelación familiar del alumno, de sus "problemas" de adaptación, limitándose a enseñar y, sobre todo, a examinar, extendiendo patentes de incapacidad que hundan cada día más afectividades necesitadas de conducción pedagógica.

Pero son aún más dignas de reflexión estas palabras de Heuyer: "La inadaptación escolar por desequilibrio afectivo y por trastornos del carácter no siempre tiene un origen familiar; a menudo encontramos su causa en la misma escuela, en las relaciones entre maestro y alumno, en la naturaleza de las materias enseñadas y en la forma de la enseñanza."

Se trata, pues, de un libro que merece la atención de todos los educadores.—A. M.